

El bicho y el triaje

Ylermi Cabrera León



DIPLOMA 2022

El bicho y el triaje

Ylirmi Cabrera León

“El bicho y el triaje”

InMemoriam

[Basado en hechos reales. Los diálogos y situaciones en las que el personal sanitario participa, especialmente el número y cargos de éstos, pueden no corresponderse con lo ocurrido por no haber estado presente la persona autora del relato, aunque las decisiones finales sí fueron conocidas]

Ya la cabeza no la tengo como antaño. Es curioso cómo se me olvidan las cosas recientes mientras que recuerdo las de hace mucho. Recuerdo haber sido dueña y trabajado en una tienda de las de “aceite y vinagre” y en el molino de gofio que estaba en la parte de atrás. En cambio, desde hace unos meses, no recuerdo el nombre de mi hija, y siempre termino llamándola como a las hijas de mi hermano. O simplemente la llamo “niña”, como a la cuidadora, que tiene un nombre extranjero que no me termino de aprender. Me dicen que mi marido murió hace dos años, aunque yo no recuerdo que haya ocurrido y sigo preguntando por él y diciéndole a la niña que le sirva la comida y que mire si está bien. Es que en alguna ocasión él se ha caído de la silla de ruedas o de la banqueta para ducha y una siempre está preocupada por si le pasó algo. Por otro lado, con frecuencia confundo la casa donde vivo, un piso, con la anterior donde vivía, una casa con dos plantas. Incluso me refiero a mi dormitorio como “la casa de arriba” y a la cocina como “la casa de abajo” porque en esas plantas estaban.

El cuerpo tampoco está como antes. Ahora soy yo la que voy en la silla de ruedas de mi marido dentro de mi casa. Antes salía con el andador e iba caminando acompañada durante casi una hora. Sin embargo, desde antes del confinamiento no salgo de casa, a no ser que sea para ir a médicos, por mis problemas de corazón y la falta de aire que suelo sentir. Más recientemente el otro motivo es para no “coger el bicho” nuevo. La verdad es que no sé a qué se refiere mi familia con eso del “bicho”, si de siempre los bichos los matamos con un zapato o FLIT en casa, y con DDT en los terrenos. “¡Esta juventud! ¡Se ahoga en un vaso de agua!”, suelo decir.

Por otro lado, gracias al fisioterapeuta que viene cada semana a mi casa, he recuperado parte de la fuerza perdida en las piernas y ya puedo ir con el andador y ayudada por otra persona por el largo pasillo de mi casa, aunque únicamente una o dos veces al día porque me canso. Aun así, el hecho de que necesite silla de ruedas la mayor parte del tiempo lo complica todo, sobre todo cuando la entrada al edificio donde vivo no está adaptada, y solamente el coche de mi hermano, un todoterreno, es lo suficientemente grande para poner la silla de ruedas plegada o el andador.

Mi salud iba empeorando con el paso del tiempo y empeoró más rápidamente unos meses después. “¡Niña, me caigo, me caigo!” grito algo angustiada segundos antes de caerme hacia atrás, como “a cámara lenta” según me dijeron mi hermano e hija que estaban presentes en ese momento. Con ésta ya son dos las veces que me desmayo y me caigo, sin tropezarme ni resbalarme, en los últimos meses. Esta vez el golpe en la parte de atrás de mi cabeza no es tan doloroso gracias al casco de ciclista que llevo puesto. Me lo recomendó y prestó el novio de mi hija tras la primera caída.

Preocupados por estas dos caídas, tan pronto conseguimos cita acudimos al médico. Tras meses de pruebas y derivaciones a varios especialistas, concluyen que puede que sea un problema con el marcapasos. “En las imágenes parece que alguna de las derivaciones del marcapasos se ha ido desplazando y ya no está correctamente posicionada. Requerirá una operación, más sencilla que la anterior, Señora Reyes, en la que aprovecharemos para sustituir la batería del marcapasos. Ya han transcurrido algo más de 8 años desde que se lo implantamos” nos dice el cardiólogo. ¡Qué rápido pasa el tiempo! Me recuerda mi hija, porque yo ya no me acuerdo, que el motivo por el que me pusieron el marcapasos esa vez fue durante la primera comunión de una de las nietas de mi hermano. Tuvieron que llamar a la ambulancia porque, mientras estaba sentada en la celebración, me desmayé sobre la comida. ¡Menuda “fiesta” les di!

El día de la operación mi hija y yo nos sentimos nerviosas. “Una persona de mi edad ya no está para estos trotes”, me gusta decir a la gente que me viene a ver a casa. Como ese día y a esa hora mi hermano estaba ocupado, pedimos un taxi habilitado para ir al hospital. Cuando vas en uno parece que

estás sentada en un trono. Nos confundimos de entrada en el hospital y estuvimos un buen rato buscando el lugar correcto. Antes de que me metan en quirófano, le recuerdo a la niña que mire si mi marido almorzó bien, que le obligue a tomarse las pastillas y que le encienda la máquina del oxígeno tras el almuerzo. Parece confundida tras decírselo.

"La operación del cambio de batería y recolocación del marcapasos ha sido todo un éxito, Señora Reyes. En unas pocas horas podrá volver a casa" nos dice el médico. Añade: "Sería recomendable mantenerse hidratada y comer ligero las próximas 24-48 horas. Como antes le dije a su hija, durante ese período, no deberá Usted tomarse algunos de sus medicamentos para facilitar el postoperatorio y la cicatrización". Tras darme el alta, mi hija llama al mismo taxi adaptado para silla de ruedas que usamos para ir al hospital y llegamos pronto a casa.

Me he sentido cansada desde que anteayer fue la operación. La edad, supongo. Incluso mientras rezaba la misa que escucho por la radio me sentía así. Me llevan a la cama para acostarme antes, tras una cena más ligera de lo normal. Espero sentirme mejor por la mañana.

"¡Me siento mal, niña!" llamo a mi hija. Tras repetirlo varias veces ella termina viniendo y me dice que me acueste, que ya son las 10:45 y que no grite para no despertar a los vecinos. Según le dijo el médico a mi hija hace meses, parece que la pastilla de dormir ya no me hace efecto porque mi cuerpo se habituó, aunque aún no me han prescrito otra. Por ello, no es la primera vez en los últimos meses que despierto a esas horas a mi hija, a la cuidadora y, cuando se queda en casa algunas pocas veces, al novio de mi hija. A algunos vecinos también, según parece, porque se quejaron en la última reunión de la Comunidad. Desde esas fechas la cara de mi hija parece cansada, son muchas noches en las que la despierto y le cuesta volver a coger el sueño, pese a que ella también se toma otra pastilla de dormir.

"¡Ayuda, ayúdenme, no me siento bien!" grito de nuevo ya pasada las 2:30 de la madrugada. Aunque de mi boca no salen más que unos sonidos angustiosos, porque ya no puedo vocalizar correctamente. Desde ese momento me cuesta abrir los ojos, por lo que suelo tenerlos cerrados la

mayoría del tiempo, y un lado de mi cuerpo no puedo moverlo a voluntad. Vuelvo a despertar a la casa. Mi hija se levanta y va hasta mi cama articulada, seguida de la cuidadora. Me preguntan y yo repito lo mismo repetidas veces, aunque siguen sin entenderme. Cuando llegan los médicos del 112 me estabilizan, me bajan en la silla de ruedas en el ascensor, me pasan a la camilla y en ambulancia me llevan al hospital apresuradamente. Pasan varios días en los que me tratan diferentes sanitarios. Escucho decir "ictus", una palabra que me da miedo porque una prima se murió hace tiempo tras sufrir los daños durante varios años, sin llegar a recuperar completamente el habla ni la movilidad. Durante ese tiempo en el hospital no sé nada de mi familia porque no les dejan pasar, supongo que por "el bicho". Intento pasar algún mensaje para mi familia a los médicos, pero tampoco me entienden lo que digo.

No sé cuánto tiempo después escucho a un médico entrar en la habitación. Médico jefe con casi total seguridad. Su voz grave, de mediana edad y algo autoritaria lo delata. Viene acompañado de otras personas, no puedo precisar cuántas ni qué son. Diría que son de dos a cuatro, probablemente otros médicos, estudiantes de medicina o enfermeros. Parecen estresados y cansados, seguramente sobrepasados por la carga de trabajo de las últimas semanas, quizás meses. Parte de sus compañeros no han podido ir a trabajar por estar confinados durante ese período. Alguna de las plantas del hospital lleva cerrada desde hace meses. Camas con pacientes abundan en los pasillos.

Una de ellos empieza a hablar al llegar a los pies de la cama de hospital donde estoy, usando palabras que no entiendo: "Mujer, 85 años, prediabética. Síntomas de Deterioro Cognitivo Leve reportados por familiares y confirmados por varias pruebas neuropsicológicas durante visitas consecutivas. Presenta dificultades para caminar. Infecciones de orina frecuentes, tratadas con antibióticos. Problemas cardiorrespiratorios en la última década. Insuficiencia cardíaca agravada en los últimos 2 años. La paciente ha sido operada recientemente para la sustitución de la batería de su marcapasos y recolocación de las derivaciones. Dos días después de la operación fue llevada en ambulancia al hospital con un cuadro clínico grave, donde fue diagnosticada con un ictus". Otra de las personas continúa explicando los medicamentos y procedimientos médicos a los que fui sometida

durante el traslado en ambulancia, tras mi llegada al hospital y hasta ese instante: una larga lista de términos médicos complejos que soy incapaz siquiera de entender y, menos aún, de deletrear.

Tras una pausa, prosigue una mujer con otra serie de procedimientos que deberían ser llevados a cabo. Durante un tiempo el resto de los reunidos propone cambios y discuten entre ellos. Escucho al médico jefe, pensativo hasta ese momento, decir: “¿Cuál es el porcentaje de ocupación de urgencias actualmente en este hospital? ¿Y de presión hospitalaria?”. Escucho a una mujer joven decirle muy bajito ambas cifras tras hojearlo. Mientras niega con la cabeza, el médico jefe dice “Demasiado altos, tenemos demasiados pacientes, e irá a peor en las próximas semanas”. Asienten, cansados como están, todo el grupo allí reunido lo sabe bien. “Ya aquí no podemos hacer nada más por la paciente. Sus capacidades cognitivas ya estaban bastante mermadas incluso antes de sufrir los graves daños causados por el ictus. Solicitaremos el traslado de la paciente a un centro hospitalario concertado. Esperemos que logre recuperarse en la Unidad de neurorrehabilitación de dicho centro”. Dirigiéndose a otra persona y mientras los oigo salir de la habitación dice: “Informe a los familiares de la paciente y tramite el traslado a la mayor brevedad posible. Continuemos con el siguiente paciente”.

El traslado entre el hospital y el centro hospitalario concertado fue en ambulancia, aunque en este viaje ni iba tan deprisa ni sonó la sirena ni una sola vez como en el viaje anterior. Como ya no consigo mover un lado del cuerpo, tampoco puedo tragar, por lo que me colocan una sonda y el suero con el que alimentarme e hidratarme. El oxígeno me lo ponen por la nariz y, según escuché, las medicinas también me las administran, pero no sé cómo. Varias semanas pasan con la misma rutina: aseo, visitas de mi hermano e hija, seguidas de ejercicios de rehabilitación y pruebas médicas diferentes. Como paso la mayoría del tiempo con los ojos cerrados, me quedo dormitada fácil y frecuentemente, y se me pasa el tiempo volando.

Algunos médicos del centro hospitalario concertado se reunieron para discutir el pronóstico de varios de sus pacientes. Al contrario que en las anteriores reuniones similares, en ésta no serían tantos.

“Pasemos a tratar sobre la Señora Reyes, de la habitación 309. Entró tras sufrir un ictus y ser trasladada desde el hospital. Lleva en este centro varias semanas, donde ha sido objeto de estudio. Cabe recordar que, como la paciente aparentemente no es capaz de comunicarse ni de forma oral ni por escrito, la Unidad de demencia no ha podido confirmar los resultados de los tests neuropsicológicos que el historial afirma que se le han practicado y que indicaban un estado previo a la demencia. La paciente lleva realizadas varias sesiones de rehabilitación física, tanto de los miembros superiores como de los inferiores. Dado que la paciente está en cama no se pudieron utilizar las máquinas para rehabilitación de la Sala de Rehabilitación y Fisioterapia. Por otra parte, las sesiones de neurorrehabilitación se limitaron también a actividades básicas que pudieran llevarse a cabo desde la cama. Ante la imposibilidad de realizar las actividades de rehabilitación de los otros tipos mencionados, se intensificaron las sesiones de rehabilitación física” resume un médico.

“De acuerdo a los informes sobre dicha paciente que me han entregado o enviado, podemos concluir que la mejoría de las funciones motoras es reducida: se mantiene la inmovilidad de un lateral del cuerpo mientras que las del lado contrario han mejorado hasta niveles previos al ictus. En cambio, son nulas las mejoras debidas a la neurorrehabilitación o a la estimulación cognitiva, principalmente por imposibilidad parcial o total de su administración. Por todo ello, tenemos dos opciones, de las que informaremos a sus familiares: o bien seguimos con la combinación de actividades actual, aunque también intensificando a partir de ahora las que no obtuvieron buenos resultados, o bien pasamos a la eutanasia directa junto con medicina paliativa. En este último caso, la familia deberá decidir si se tratará de una eutanasia directa activa o pasiva.” comenta la jefa médica. “Mañana informaremos a la familia de la paciente y serán ellos quienes deberán tomar la decisión final” zanjó la jefa médica antes de proseguir discutiendo sobre el siguiente paciente con los restantes facultativos.

“Señor Reyes, nos reunimos hoy con Usted para informarle de la situación actual de su hermana. Como sabrá, el ictus produjo daños cerebrales graves y ni la neurorrehabilitación ni la rehabilitación física han surtido el efecto esperado: ninguna mejoría se ha producido desde el ingreso. Es por ello que, por decisión de la hija y como hermano de la paciente, recaerá en Usted la toma de la decisión sobre cómo proseguirá el tratamiento: si continuaremos con la rehabilitación o si, por el contrario, desistimos y ponemos en marcha el protocolo de eutanasia pasiva y cuidados paliativos. Dado que la Señora Reyes es una devota católica practicante, pienso que ella hubiera descartado la aplicación de la eutanasia activa pese a su reciente legalidad actual, aunque es Usted quien debe decidir si esa opción también se tiene en cuenta”. Tras otro médico explicarle algo más las características y diferencias entre ambos tipos de eutanasia, mi hermano les contesta: “Sigán intentándolo, al menos una semana más. Si hace falta pagarlo, no es problema, yo me encargo. Si la rehabilitación sigue sin funcionar, haremos... lo otro. Eutanasia activa no, por supuesto. ¿Sufrirá?”. Niegan con la cabeza mientras una médica le responde que procurarán que no, y le informa sobre los diversos cuidados paliativos que podrían aplicar a su debido momento.

“Mamá, los médicos nos dijeron que desde mañana te quitan la sonda y el suero” dice mi hija sollozando nada más entrar. Escucho que sigue llorando incluso después de soltarme la mano y salir de la habitación unos minutos después de contármelo. Todos los días siguientes viene a verme junto con mi hermano, aunque no les dejan entrar juntos por “el bicho”. En una de esas ocasiones vino el novio de mi hija al hospital concertado, aunque no quiso subir hasta la habitación para no quitarles tiempo de visita. A diario solicito, ruego, que si me pueden dar agua y algo de comer. La lengua y el resto de la boca las tengo tan secas que pedir el agua se hace dificultoso y suelo toser tras ello. Desde que me reconectaron brevemente el suero me siento más adormilada que antes. Supongo que es que me están administrando algún calmante, algo para la tos o ambas cosas.

Ya ha pasado más de una semana desde que me sacaron la sonda y me quitaron el suero. Escucho a mi hija entrar en la habitación. Parece triste y cansada, seguramente de dormir mal. Se acerca a mi cama y me aprieta la mano, como los días anteriores. “Mamá, ¿me oyes?” repite varias veces mi hija tras una pausa. Intento decirle algo, pero lo único que logró articular suena más como un quejido, unos sonidos completamente ininteligibles. “Mi novio me dijo que si me entiendes, que me apretes la mano dos veces. Mamá, si me escuchas, apriétame la mano dos veces. Dos veces, mamá”. Aunque me siento mareada y confusa por tantos días sin que me den agua ni comida, consigo apretar su mano. Cuento mentalmente las veces: una y dos. Aprieto con la suficiente, y poca, fuerza que aún me queda. Noto como se le quiebra la voz y se le saltan las lágrimas al decirme que lo estaba haciendo bien. A mí también me saldrían lágrimas de los ojos, aunque mi cuerpo decide que ya nada de líquido pueda salir de mis ojos y desperdiciarse. Pasamos un tiempo con las manos entrelazadas, ella diciéndome cosas, hasta que se termina la hora de visitas. Se despide diciéndome que mañana vendría, como ha hecho cada día desde que estoy en este otro centro hospitalario.

Esa es la última vez que escucho la voz de mi hija. El día después siguen sin darme agua ni comida en el hospital concertado. No vuelvo a intentar pedir agua. Ya no me quedan fuerzas. Consigo rezar algo pese a mi estado de confusión mental. Ya será mediodía de un soleado día de agosto en Canarias, aunque parece como si un velo estuviera poniéndose lentamente sobre mis ojos, oscureciéndose el día. Lo último que siento es el calor de la luz solar que entra por el ventanal en la piel de mi cara.